



Unidad vecinal Erillas, en Vallecas, 1954.
Romaní, Sierra, Cubillo, Alvear y Oiza

Manzana cerrada, bloque abierto. ARQUITECTURA. Las formas de organizar la vivienda en la ciudad son limitadas. Dejando aparte la disyuntiva entre vivienda unifamiliar con jardín y vivienda colectiva, dentro del universo de esta última encontramos dos grandes formas: la «manzana cerrada» y el «bloque abierto». Cronológicamente la primera tiene una historia más dilatada, pudiendo afirmarse que el bloque abierto es una «invención» del primer tercio del siglo XX.

La «manzana cerrada» es una agrupación de edificios entre medianeras que conforman un polígono cerrado, delimitado por calles perimetrales que sirven de elemento de acceso peatonal y rodado, de carácter público. Un conjunto de manzanas forman un tejido urbano de carácter reticular. El tejido está formado por el sistema de calles que configura la red de espacios públicos y por los espacios privados, delimitados por aquéllas. Cada manzana —cuya superficie oscila entre 0,5 y 1,25 hectáreas— contiene un número de parcelas con frente al viario público que se corresponden con los distintos edificios que la componen, cada uno de promoción diferenciada.

Es consustancial con la forma de manzana cerrada la coexistencia de una serie de usos: comercios en planta baja, vivienda en planta de pisos, a veces talleres o almacenes alojados en los fondos de parcela, etc. Existen numerosas modalidades de manzana cerrada. Las que proceden del mundo rural y de la ciudad preindustrial suelen ser más extensas, irregulares, con edificaciones de menor altura y fondo edificado; incluso pueden incluir huertos o jardines traseros y parcelas vacantes.

La manzana de los cascos históricos se densifica y compacta notablemente en el siglo XIX. Respetando los antiguos trazados —a veces parcialmente rectificadas— se reedifica en altura y profundidad. La vivienda colectiva se convierte en predominante, desaparecen espacios libres y en su lugar se proyectan exiguos patios de luces que complementan las necesidades de ventilación de las viviendas y cuartos interiores.

En el último tercio de siglo aparecen los ensanches (en Madrid, el proyectado por Castro en 1860). Las calles son más anchas, las manzanas se regularizan y las alturas se homogeneizan de acuerdo con las ordenanzas de edificación. Una innovación radical, como el gran patio de manzana de unos sesenta por sesenta metros, sólo aparece en Barcelona; en Madrid se continúa la tradición de la «manzana cuajada» y es en 1892 cuando se exige reservar un mínimo del 15% de la superficie de la parcela a patios. La crisis de la «manzana cerrada» está implícita en sus mismas características

y obedece, en particular, a la sobredensificación y a las malas condiciones higiénicas (ventilación, soleamiento) que genera en una elevada proporción de viviendas y piezas habitables. Téngase en cuenta que cada manzana puede llegar a alojar hasta cuatrocientas o quinientas viviendas en una hectárea de suelo. La

manzana cerrada comienza a identificarse desde comienzos del siglo XX con la edificación especulativa y con los peores aspectos de la ciudad industrial. El contraste con la vivienda unifamiliar resulta extremadamente revelador.

En esta coyuntura, en el período de entreguerras se producen dos hechos significativos: la propuesta de nuevos tipos edificatorios (hileras de viviendas unifamiliares con patio, el bloque exento de altura limitada, el gran bloque en altura) por parte de los arquitectos adscritos al Movimiento Moderno y, paralelamente, la existencia de gobiernos municipales socialdemócratas en varias de las principales ciudades europeas.

Paradójicamente, algunas de las mejores experiencias de estas décadas son fórmulas de transición: manzanas cerradas o semi-cerradas de altura limitada, con patios comunitarios y/o jardines privados, equipamientos colectivos, etc. En la segunda posguerra van a triunfar en toda línea las propuestas de bloque abierto, tanto desde los ambiciosos programas públicos de reconstrucción y de atención a las necesidades de la inmigración urbana, como desde la iniciativa privada. Los nuevos «polígonos» residenciales periféricos se compondrán de grandes «supermanzanas» (de varias hectáreas de superficie), en las que se dispondrán, con mejor o peor fortuna, distintos tipos de bloques exentos que conformarán extensos espacios interbloque, teóricamente verdes.

La noción de parcela ligada a cada edificio desaparece, el espacio público de las calles se diluye en los fragmentados mosaicos de espacios libres entre bloques, se pierde la relación entre fachada y calle y con ella desaparece el comercio. Por supuesto, hay múltiples variedades de bloque abierto. El que caracteriza las promociones públicas de los cincuenta y sesenta mejora notoriamente los aspectos higiénicos (soleamiento, etc.) al reducir las densidades y permitir la vivienda pasante; a cambio de producir viviendas pequeñas de escasa calidad constructiva.

La incorporación de la iniciativa privada en España supone una redensificación, sin alcanzar los niveles anteriores, al introducir nuevos tipos como el bloque en «H» (bloque exento con patios de parcela y viviendas de orientación única), la torre, etc. Más tarde, la promoción privada mejorará sus estándares edificatorios y ambientales: reduce densidades y alturas y, sobre todo, recupera como espacio ajardinado comunitario el ámbito de la parcela.

Pero las malas características de la producción pública y privada de décadas anteriores, la conciencia de la pérdida de urbanidad que supone la fórmula, las crecientes dificultades de conservación de los espacios libres, el persistente prestigio de los

ensanches burgueses, son algunas de las causas que explican la recuperación de la manzana cerrada en las últimas dos décadas del siglo. La nueva manzana es muy diferente a la histórica: ahora es en realidad un bloque de altura limitada (cuatro o cinco plantas) y promoción unitaria que encierra en su interior un jardín comunitario. La propia manzana es más pequeña, las densidades medias se moderan (cincuenta/sesenta viviendas por hectárea), se recupera un cierto decoro y orden urbanos. Además, en aras a la seguridad y comodidad, se popularizan el acceso único, tanto peatonal como rodado, y la plaza de aparcamiento en el propio edificio.

No todo son ventajas: el carácter periférico, a menudo aislado, de los nuevos barrios, así como su menor densidad, suponen una ostensible pérdida de vitalidad urbana, a lo que contribuye la drástica reducción del comercio de proximidad. El futuro permanece abierto y posiblemente será testigo de pluralidad de fórmulas y compromisos tipológicos. Así como, desde luego, del ascenso de las preferencias por la vivienda unifamiliar; lo que supone una alternativa radical a la esbozada en estas líneas para un siglo de evolución de la vivienda colectiva. □ RAMÓN LÓPEZ LUCIO.

Ver: Casa de las Flores; Poblados.